

de Colón y de Américo Vespucio, y la ciudad y las aldeas, y la montaña y la llanura, y los bosques y los prados, y los mares y los ríos, y las aves y las flores, y el día y la noche, y la tempestad y la calma, formaron el concierto inimitable de las generaciones, y de la naturaleza entera para cantar las alabanzas y para ensalzar las grandezas de esa privilegiada Virgen.

Y por esto, ilustres Abogados, acudís también vosotros bajo estas santas bóvedas, para ofrecer á María el tributo de vuestros cultivados espíritus. Hombres que amáis la justicia, que profundizáis en el Derecho, que habéis á veces de interpretar la ley, no hay luz, no hay guía, no hay estrella que os pueda dirigir mejor por ese hermoso, pero difícil camino, que la devoción y el culto de la Madre de Dios; que si todo su ser y toda su existencia son fiel y límpido Espejo de la Soberana Justicia, todos sus pasos y toda su historia en la vida de las sociedades vienen despidiendo las mismas hermosuras y los mismos resplandores.

El soplo del Cristianismo, y la majestad y la ternura de la Madre Virgen del Evangelio, pudieron llevar aún su espíritu de equidad y mansedumbre al Derecho pretorio, *Jus honorarium*, progreso gigantesco en la dura legislación de Roma; pero muy luego, Señores, el influjo de esa Criatura bendita se deja conocer y sentir más manifestamente en las legislaciones y en las costumbres de los pueblos. María dignifica y enaltece á

la mujer cristiana, colocando sobre su frente y como compartiendo con ella las aureolas de su pudor y la diadema de su prestigio, haciendo así del hogar un santuario y de los puros goces de la familia un poema. María ayudó á esclarecer el Derecho de gentes, poniendo en los corazones más endurecidos el respeto á la santidad y la virtud, infundiendo en el guerrero civilidad y cortesanía, obligando al vencedor á tender una mano generosa al vencido, y hasta haciendo suspender las batallas y unirse en una tregua los opuestos caudillos, para asistir á una peregrinación ó para celebrar la Festividad de un Misterio. María tuvo una muy principal parte en aquellas manumisiones de esclavos de la Edad Media. y en aquella redención de cautivos, que gana el corazón por el fondo de su caridad y arrebató la fantasía por la ternura de sus accidentes. Y por lo que respecta á nuestra Patria, bajo la devoción y el Nombre de María vino á reconstituirse su unidad nacional, y ellos brillarán siempre, con extraordinarios fulgores, en la serie magnífica de sus grandes Códigos, en los Estatutos de sus más insignes Ordenes caballerescas, en la historia de sus famosas Universidades, tan ensalzadas y enriquecidas por Pontífices y Reyes, en la salutación diaria y conmovedora de sus católicos habitantes.

Sí, Señores Jurisconsultos: al inspiraros vosotros en el Nombre de María y en sus sobrehumanas excelencias, á la vez que podéis procurar gran-

des victorias para la Justicia y el Derecho en la vida civil y en las esferas individuales, realizáis todavía algo más trascendental y provechoso; esto es, enseñáis á los legisladores la razón metafísica de los caracteres de una ley y un orden moral eternos; les hacéis ver que si Dios ha sido el Supremo Hacedor del hombre y del mundo, su Providencia ha de seguir rigiendo el mundo real, como rige el mundo ideal; les decís que la Soberanía de Jesucristo y la autoridad de su Iglesia, que es la Iglesia Católica, deben ser los primeros artículos de toda ciencia y toda compilación de leyes que hayan de restaurar y engrandecer los pueblos; les probáis, por último, que no hay facultad, que no hay poder en ningún legislador, ni en ninguna autoridad humana, para desviar al hombre de su fin, que es Dios, y la visión de su gloria, y la inmortalidad de sus recompensas.

Vosotros no ignoráis ciertamente que los políticos y los legisladores modernos suelen prescindir con frecuencia del reinado de Jesucristo en el organismo de las naciones y en la formación de sus leyes, y miran con prevención injusta, con infundado recelo, á la Iglesia y á su Sacerdocio; que las potestades del mundo han llevado su demencia hasta mirar como rival y hostilizar sin rebozo la Soberanía protectora que da á toda autoridad un origen divino; sabéis que el materialismo positivista de nuestros días es cierzo cruel que viene de montañas de hielo petrificado, y congela

todo sentimiento de caridad y de ternura en los corazones; que las masas sueñan con una igualdad quimérica, y que esas mismas muchedumbres para quienes la Iglesia Católica fué en todo tiempo maestra, bienhechora y madre, han olvidado los beneficios que de esa Iglesia recibieron, y, dando oído á pérfidas enseñanzas, se han hecho sus enemigos más crueles. ¡Ah, Señores! Los que meditan serena é imparcialmente sobre el estado actual de las sociedades europeas, no pueden hacerse ilusiones. Las agitaciones del proletariado y los delirios de la demagogia amenazan sumir la sociedad en un cataclismo inmenso, que será mucho peor que las irrupciones de los bárbaros, porque las hordas de hoy vienen atesorando más odio, y es más refinada su malicia, y más insaciables sus apetitos. Nosotros conocemos ya la historia de las revoluciones. El cadalso que se levantó un día para la víctima, se levanta poco después para el verdugo; y entre los tiranos y los verdugos mismos, el más humano es sacrificado á su turno por el más sanguinario é implacable. Pero en las catástrofes que se ciernen sobre nuestras sociedades habrá menos piedad, y aborrecimientos más hondos, porque será el choque tremendo de los poderosos egoístas y de los pobres sin resignación y sin amor al trabajo; la lucha desesperada de soberbias satánicas con envidias horribles: algo así como la electricidad negativa de la nube y la positiva del suelo, producen

do juntas el rayo; y la sangre correrá tal vez como los arroyos, y las ruinas se amontonarán como edificios informes, y ningún gigante de ciencia, de riqueza, de poder, deberá estar seguro de que asienta su planta sobre un suelo que no esté pronto para darle sepultura. No me arguyáis, no, señores, que son éstas nieblas que se desvanecen, fantasmas imaginarios: no; es la negra tormenta que se desencadena, y yo miro por todas partes para ver si descubro á Jesucristo sobre la popa del barquichuelo, ó caminando á pje sobre las ondas alborotadas, imperando á los vientos y á la mar, en la seguridad de ser obedecido.

Señores Abogados: en esta patria tan profundamente dividida por las opiniones políticas, y en cuyos últimos Códigos lloramos ya la ausencia de aquellos grandes principios que constituyeron el secreto de nuestro antiguo poderío, trabajad de buena voluntad vosotros, para que no acabe de romperse el solo anillo que puede unir los espíritus excitados, para que no se haga imposible el beso de paz que puede reconciliar los corazones. No nos retiréis nunca á nosotros, Sacerdotes católicos, vuestro eficaz concurso para clamar á los Gobiernos y á los Parlamentos que no formen sus leyes sino inspirándose en la doctrina y en el amor de una Iglesia docente, y de un Pontífice infalible cuando define acerca de la fe y de la moralidad de los actos humanos; para conjurarles á que no pongan eclipses en la pureza y santidad

del matrimonio cristiano, á fin de que brillen siempre en nuestros hogares aquellos reflejos divinos del hogar de Nazareth; para persuadirles, en suma, de que una legislación poco cristiana lleva á todas las esferas de la vida de un pueblo la injusticia, la inmoralidad y el desconcierto. Es preciso, asimismo, que entre vosotros y nosotros nos apoderemos, por la verdad y por la dulzura, de esos seres que no aman ni á la sociedad ni al hombre, porque no se les dió por alimento la verdad, la caridad, ni los ejemplos de la virtud. Es preciso, por último, que á vosotros y á nosotros se nos junten los grandes de la tierra para llevar á los talleres del obrero y á la morada donde se anida el infortunio, un aire más sano y más puro, unas obras de misericordia, espirituales y corporales, mejor ejecutadas; sustento, vestido, consejo, dirección y ejemplo. Y cuando á los gobernantes, á los pueblos, á los ricos, á los pobres les recordemos lo sublime de su respectiva misión y lo indeclinable de sus deberes, para no desmayar en nuestra obra y en nuestros esfuerzos. postrémonos frecuentemente ante las aras de nuestros templos; que en el fondo de esos tabernáculos habita realmente el Sol de Verdad y Justicia, Jesucristo; y, elevada y transfigurada también en los altares, nos ofrece sus auxilios, su fortaleza y su constancia la celestial María, radiante Espejo de esa misma Justicia: *Speculum Justitiae*.

Consideremos ahora á esa Virgen poderosa y clemente como asiento y Trono de la Sabiduría divina: *Sedes Sapientiae*.

II

Si el Verbo de Dios es, Señores, la Palabra substancial del Padre, Jesucristo, que es ese Verbo hecho carne, es necesariamente la inteligencia, la razón, el pensamiento, la verdad y la sabiduría increados. No: no es la inteligencia contingente y limitada del hombre, sino el Entendimiento por Esencia, la Palabra soberana y creadora, la que ha podido decir con suave majestad, con sencillez sublime, á los sabios y á los poderosos de la tierra: «Yo soy la Verdad; yo soy la Luz del mundo; yo soy el Principio de todo cuanto existe.» (1) Y como la ciencia de Jesús es la ciencia inmanente, perfecta, perpetua, intuitiva, infinita, ella lee en el fondo de las almas, ella penetra en el pasado y en el porvenir, ella no duda ni discute nunca; ella participa de todos los Atributos de la Divinidad; y antes se verán pasar los cielos y la tierra que una sola palabra, una sola sílaba de las que fueron pronunciadas por los labios amorosos y benditos del Salvador del mundo (2).

(1) Joann., VIII, 12, 25.

(2) Marc., XIII, 31.

Ahora bien; de esta Sabiduría absoluta no podía menos de ser partícipe, por admirable modo, aquella Virgen Madre, predestinada y enaltecida para concebir y para sustentar la humanidad de ese Verbo. Yo dejaré á la discusión de las escuelas si María, durante su vida, fué adornada de todas las ciencias positivas, poseyendo un conocimiento universal de la creación entera, ó si sólo tuvo aquella sabiduría que le era conveniente para la dignidad de la inefable misión que le fué confiada; pero sí sostendré, con la profunda y luminosa enseñanza del Doctor de Aquino, que el entendimiento de María alcanzaba á todas las posibilidades de la inteligencia humana y de la inteligencia angélica; porque el destino altísimo de la Madre de un Dios pedía juntar en sí todas las perfecciones difundidas en el mundo de los espíritus y en los mundos de la materia (1).

Ya el Testamento Antiguo nos deja vislumbrar las excelencias intelectuales de esa Virgen en algunos de sus más interesantes y delicados emblemas. Según interpretaciones piadosas de los más eminentes panegiristas de la Madre del Increado Verbo, la Escala de Jacob por donde bajaban y subían los ángeles y en la que se apoyaba el

(1) Dubitandum non est quin Beata Virgo acceperit donum sapientiae et gratiam virtutum et etiam gratiam prophetiae; non tamen accepit ut haberet omnes usus harum et similium gratiarum, sicut habuit Christus, sed secundum quod conveniebat conditioni ipsius. (3.^a, q. 27, 5. 3.^o.)

Señor mismo, es, en su sentido místico, la Virgen María, que nace y crece en la tierra, mas cuyo espíritu vive y se alimenta del cielo: el Arca de la Alianza, donde eran guardadas las Tablas de la Ley, es María que enseña toda la Sabiduría divina para alumbrar toda inteligencia humana: el Candelero de oro del Templo, con sus brazos, sus vasos, sus globos y sus lirios, es igualmente María, mostrando en todo su ser aquella luz indeficiente que inunda de fúlgidos resplandores la tierra y las alturas.

El Evangelio nos descubre y nos revela después más claramente estas bellezas al decirnos, por San Lucas, que el pensamiento de María seguía paso á paso el pensamiento de Jesús, y lo meditaba en su corazón (1); que el Espíritu Paráclito descendió sobre Ella, y le dió sombra la Virtud del Altísimo (2): por lo cual los Santos Padres admiraron y ensalzaron en la inteligencia y en el corazón de María, no ya solamente el Trono de la Sabiduría de su Hijo, sino el Trono de la Trinidad Augusta. ¡Oh cuán gracioso, y cuán profundo á la vez, es el pensamiento de Orígenes, cuando exponiendo aquellas misteriosas palabras del *Cantar de los Cantares*: «Tus ojos son de paloma,» se imaginaba que esa paloma era el Espíritu Santo! ¡Y cuán bellas y elocuentes son estas otras frases

(1) Luc., II, 19.

(2) Luc., I, 35.

del Crisóstomo: «San Pablo (dice) ha sabido cosas que ignoraban los ángeles: María ha sabido cosas que ignoraba San Pablo.»

Serfa, sin duda, un hermoso trabajo investigar á fondo y exponer á la consideración de los fieles toda la influencia doctrinal de la vida y el culto de María en la historia de la Iglesia de Cristo. Los entendimientos religiosos contemplan ya la autoridad inmensa de la palabra y de las enseñanzas de esa Virgen desde aquellos días inolvidables en que debió explicar á los Apóstoles y á los discípulos de Jesús arcanos y acontecimientos cuyo secreto y cuyo encanto Ella sólo conocía y conservaba; esto es, la respetuosa visita del Embajador celeste, los abatimientos de Belén, las adoraciones de los Reyes, las ternuras de Nazareth, los sublimes conceptos del *Magnificat*, las visiones y delicias de su oración y sus arrobamientos. Y cuando miramos luego á esa celestial Criatura atravesar majestuosa por las regiones de la Iglesia Católica, aplastando en todas partes la cabeza de la antigua serpiente, cabeza que muere y que renace por providenciales designios; cuando la vemos, digo, ofreciendo triunfadoras armas contra el maniqueo, dominando á Nestorio, venciendo al albigense, confundiendo al luterano, humillando al incrédulo, nosotros admiramos conmovidos, aquel acento profético, aquel arranque inspirado con que un Sínodo Ecuménico daba á nuestra Liturgia este inmortal versículo, histórica

y dogmáticamente confirmado: «Regocíjate, Virgen María, porque Tú sola has podido exterminar todas las herejías en todo el universo» (1).

Para lograr, señores, estas grandes victorias, formáronse sucesivamente en la devoción y en el amor de María los Santos y los sabios. ¡Oh! Examinar esa interminable cadena de entendimientos preclarísimos, que remontaban su vuelo como las águilas, alumbrados y fortalecidos por la asistencia de la Madre de Dios, es un espectáculo que conmueve y embelesa. Entre esas figuras colosales dejad que os designe, al menos, á aquel San Epifanio, terror de los Colyridianos, y á quien San Jerónimo llamaba el *Pentáglota* por su conocimiento de las lenguas; á San Ambrosio y San Agustín, maestro aquél, hijo espiritual éste, que nos recuerdan la historia interesante de Wiseman y de Manning, astros del Catolicismo en Inglaterra, historia de que todos hemos sido testigos; á San Juan Damasceno y á San Anselmo de Cantorbéry, cuyos libros son purísimo manantial de la Metafísica cristiana; á aquel Bernardo de Clairvaux, elegido, como ya os dije, por Dante para que dirigiese en favor suyo una súplica á María; á Domingo de Guzmán, que, con su corona de rosas místicas, legaba al mundo católico una salutación peregrina, de la cual decía Lacordaire que, pronunciándose á cada instante, no se

(1) Concilio de Éfeso.

repetía nunca; á Fray Luis de León, el poeta que se elevó á inconmensurables alturas; á Teresa de Jesús, la expositora inspirada de los *Cánticos*; á aquel Bossuet, que consignó estas imperecederas palabras: «Cuando hablemos de María, no me citéis las reglas humanas; citadme las reglas de Dios;» á aquel Alfonso de Ligorio, en fin, que, encendido, como San Bernardo, en la devoción de la Madre del Verbo, como él también la llamaba sin cesar su estrella y su tesoro.

Ved, pues, Sres. Abogados, si estáis en buena compañía cuando venís á recoger luz de esa Estrella, á demandar consejo é inspiraciones de ese Trono riquísimo de sabiduría y de gracia. Ante el altar donde piadosísimamente se postraron los talentos más extraordinarios del mundo, vosotros podéis postraros sin rubor, y vuestra razón y vuestra ciencia se extenderán y mostrarán su fruto en la medida de la humildad de vuestros entendimientos y del fervor de vuestras oraciones. Los incrédulos y librepensadores modernos os dirán, seguramente, que los entendimientos necesitan algo más que los dogmas de la Iglesia Católica y que las manifestaciones de su culto para adquirir la ciencia; y vosotros les responderéis que si el saber humano no se obtiene, en efecto, sino con el estudio y la meditación, que son el alimento y la vida de la inteligencia del hombre; si el Evangelio de Jesucristo no es una exposición de hechos y de principios científicos, porque es sólo el camino

de salvar las almas, la fe que ese Evangelio pro- paga, la sumisión racional que prescribe, la sobriedad de juicio que impone, la pureza de corazón que infunde, la maternidad de María que nos lega, los fulgores que las excelencias de esa Virgen derraman sobre nuestro entendimiento para buscar la verdad, y el crisol de sus virtudes que purifica nuestros corazones; todo esto constituye el resorte eficaz, único y exclusivo de que la ciencia y los adelantos humanos sean verdaderamente útiles y fecundos para la vida de las sociedades.

Yo, Señores, no puedo aquí detenerme á hacer un estudio comparado entre las civilizaciones cristianas y las culturas sin creencias; pero abrigo la convicción firmísima de que aquel hermoso progreso formado bajo el espíritu y el influjo de la Iglesia Católica, y que á fines del siglo XV había realizado las más preciadas conquistas en el orden científico y en el legítimo desenvolvimiento de la libertad de los pueblos; ese progreso, repito, habría llegado á ser una civilización casi ideal, á no haber interrumpido su majestuosa marcha la herejía del libre examen, mutiladora de los más suaves misterios de la caridad de Cristo, enemiga del culto de María, despojadora y calumniadora de la Iglesia y de su Sacerdocio. Yo bien sé, Señores, que la herejía protestante no secó, ni aun mermó, los ríos de la ciencia humana; pero sí enturbió y envenenó sus aguas, y ella dió origen con su versatilidad y su soberbia á esas mil evoluciones filo-

sóficas, que no han hecho otra cosa sino acumular error sobre error, sistema sobre sistema, hipótesis sobre hipótesis, contradicción sobre contradicción, absurdo sobre absurdo, en todo el transcurso de las tres postreras centurias.

Señores: yo anhelo y busco la ciencia, porque como á un bien especialmente deseable, como á una hija querida, la ha amado siempre mi Santa Madre la Iglesia. ¡Ah! No es recta la inteligencia, no es sano el corazón de quien sostenga que la Iglesia Católica detiene el vuelo de la mente y el esclarecimiento de la ciencia humana. Eso es mentir á la historia y mofarse de la verdad con cinismos inexplicables; y semejante audacia sólo la emplea el incrédulo con los espíritus incautos y con las almas pervertidas. Lo que la Iglesia condena, lo que su magisterio rechaza, lo que el católico no admite, es la ciencia que no gira en derredor de un Dios Eterno. Sabiduría Absoluta; es la ciencia que torpemente, sistemáticamente, quiere apartarse de la verdad para combatir la existencia de un Hacedor Supremo, la grandeza de sus Atributos, la ordenación de su Providencia, la santidad de su Ley.

Y esta ciencia funesta es la ciencia de los enemigos tenaces de la Regla de Fe católica. ¡Oh! Que no se nos ponderen ciertos progresos filosóficos de nuestros días, progresos que contristan doblemente el ánimo por sus monstruosos errores y por la suma de fuerzas intelectuales consumidas